



Prot. N. 1/2025

Querido Hermano en el episcopado:

Aquí estoy también este año para hablarte de la Tierra Santa.

Siento la fuerte responsabilidad de dirigirme a los Obispos católicos, en nombre del Santo Padre, para haceros llegar la llamada de la Iglesia, en respuesta al grito de quien se encuentra en grave sufrimiento.

Mientras os escribo, nuestro corazón está confortado por la tregua en acto. Sabemos que es frágil y que, por su naturaleza, ella sola no bastará para resolver los problemas y para extinguir el odio en esa área. Pero, al menos, los ojos no ven nuevas explosiones y no se perpetúa en ellos la angustia de lo irreparable.

Hemos visto lágrimas, desesperación y destrucción por todas partes. Mas nuestra esperanza es que el triunfo de la muerte provocada no llegue a convertirse en una eterna victoria. Y vuelve a nosotros la esperanza de ver al Resucitado, Jesucristo nuestro Señor, que precisamente en esa tierra mostró, vivo, las llagas de su pasión.

Sentimos hoy que las palabras dirigidas por el Santo Padre a los cristianos que habitan los Lugares Santos no eran un piadoso deseo, sino una esperanza posible: «Vosotros, hermanos y hermanas en Cristo que habitáis en los Lugares de los que hablan las Escrituras, sois un pequeño rebaño inerme, sediento de paz. Gracias por lo que sois, gracias porque queréis permanecer en vuestras tierras, gracias porque sabéis rezar y amar a pesar de los pesares. Sois una semilla amada por Dios. Y como una semilla, en apariencia sofocada por la tierra que la recubre, sabe encontrar el camino hacia lo alto, hacia la luz, para llevar fruto y dar vida, así también vosotros no os dejéis tragar por la oscuridad que os rodea, sino que, plantados en vuestras sagradas tierras, convertíos en brotes de esperanza, porque la luz de vuestra fe os lleva a testimoniar el amor mientras se habla de odio, el encuentro mientras se extiende el enfrentamiento, la unidad mientras todo lleva hacia la contraposición» (*Carta a los católicos del Medio Oriente*, 7 de octubre de 2024).

Inmediatamente vuelve a la mente nuestro deber —y uso este término con temblor, pero decididamente— de correr, nada más sea posible de modo concreto, para ayudar a la vida a renacer. A ti, Hermano obispo, y a todos aquellos que animarás con tu ministerio, se dirige la dramática llamada de Dios: «Hijo de hombre, ¿revivirán estos huesos? Y yo respondí: Señor, Yahvé, tú lo sabes. Y él me dijo: Hijo de hombre, profetiza sobre estos huesos y diles: Huesos secos, oíd la palabra de Yahvé. Así dice el Señor, Yahvé, a estos huesos: Voy a hacer entrar en vosotros el espíritu y viviréis» (*Ez 37,3-5*). Todos, comenzando por los niños, tienen derecho a vivir en paz y a volver a tener casas y escuelas, a jugar juntos, sin el temor de volver a ver la sonrisa satánica de la muerte. Esto es verdad. Para nosotros los cristianos los Lugares Santos tienen un valor particular, son encarnación de la Encarnación. Ellos han sido custodiados desde los inicios por las comunidades cristianas, en la variedad de sus diversas tradiciones, y desde hace siglos los Frailes menores de la Custodia los cuidan con admirable fidelidad.

En torno a esos Lugares han surgido iniciativas de gran valor pastoral: parroquias, escuelas, hospitales, casas para ancianos, centros de asistencia para migrantes, desplazados y refugiados. Precisamente para ayudar a sostener todo esto el Santo Papa Pablo VI instituyó la Colecta para los Lugares Santos, en la forma que desde entonces anualmente se viene repitiendo en el Viernes Santo o en otra fecha fijada localmente.

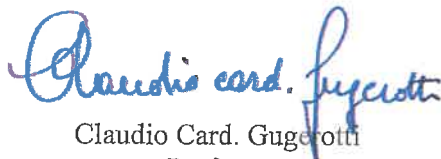
Este año la Colecta se ha convertido en un recurso imprescindible: después de la pandemia, de la casi completa interrupción de las peregrinaciones y de las pequeñas actividades creadas, sobre todo por los cristianos, alrededor de aquellas, y del exilio al que muchos se han visto obligados. Si queremos reforzar la Tierra Santa y asegurar el contacto vivo con los Lugares Santos es necesario sostener a las comunidades cristianas que, en su variedad, ofrezcan al Dios-con-nosotros una perenne alabanza, también en nuestro nombre. Pero para que esto llegue a realizarse tenemos la absoluta necesidad del don generoso de vuestras comunidades.

Quisiera que vosotros, Hermanos obispos, recordando las imágenes de destrucción y muerte que han pasado constantemente ante vuestros ojos en estos tiempos de nuevo Calvario, os hicieseis apóstoles persuasivos de este empeño. La Tierra Santa, los Lugares Santos, el Pueblo Santo de Dios son vuestra familia, porque son patrimonio de todos nosotros. Os ruego que sintáis la Colecta como una de vuestras prioridades pastorales: aquí está en juego la supervivencia de esta nuestra preciosa presencia, que se remonta directamente a los tiempos de Jesús. Estoy seguro de que vuestro entusiasmo y vuestro cuidado afectuoso serán transmitidos a las comunidades que os están encomendadas.

Por favor, evitad que nuestras Iglesias promuevan colectas paralelas para este mismo fin, para que no suceda que queden comprometidos el significado y la eficacia de vuestra caridad, que responde a la iniciativa universal del Sucesor de Pedro, el Obispo de Roma. Todo cuanto hayáis recogido podrá ser enviado directamente a este Dicasterio por los Comisariados de Tierra Santa de vuestro País. Nos esperamos que ninguna comunidad pueda considerar esta "liturgia" –así era llamada en la antigüedad– como algo ajeno a sí misma que no le afecta.

El Papa Francisco os envía a todos su Bendición: Dios no olvidará, particularmente en este Año jubilar de la Esperanza, a quien se habrá hecho testigo de Su Providencia e instrumento de Su Paz. Nuestros cristianos de aquellas tierras os esperan. Gracias y os deseo una feliz peregrinación jubilar.

Suyo devotísimo



Claudio Card. Gugerotti
Prefecto



✠ Michel Jalakh, oam
Arzobispo Secretario